

La estatura de Sancho el Fuerte de Navarra

*A don José Esteban Uranga. por su cordialidad
y gentileza al proporcionarme r eproducciones
fotográficas para investigación.*

Sumario

I. Introducción. — II. Interés del tema. — III. Fuentes para determinar la estatura de Sancho el Fuerte. Sus restos orgánicos. — IV. Correcciones sobre hipotéticas causas de error, en la medición del fémur de Sancho el Fuerte. — V. Conclusiones antropométricas deducidas del fémur de Sancho el Fuerte. — VI. Comprobación de una tradición. — VII. Contraste entre Jaime I, el Conquistador, Rey de Aragón, y Sancho el Fuerte. — VIII. Consideraciones finales.

I

Posiblemente, desde la más remota antigüedad, el Hombre intuyó en sus semejantes por su forma, por su constitución corporal, el modo de ser de su mentalidad, el de reaccionar ante las exigencias que la vida le planteó de continuo.

Con mayor o menor intensidad, más o menos certeramente, todos preveemos, en un primer encuentro, ciertas características del ser que impresionan nuestra retina. No solamente distinguimos al alto del bajo, al grueso del delgado, al viejo del joven, sino que diferenciamos al fuerte del débil, al robusto del enclenque, al altivo del humilde, al alegre del triste, al pacífico del belicoso, al enérgico del abúlico, al inteligente del imbécil, al activo del indolente...

En todos los tiempos, los naturalistas, los médicos, los biólogos, los escritores de fina percepción, los artistas de las bellas artes, entrevieron la dependencia de lo externo del soma a lo interno del espíritu. Pocas descripciones tan exactas y con rasgos tan perfectamente captados, como el Don Quijote y Sancho Panza de nuestro inmortal Cervantes.

Pero si los intentos clasificadores se dieron en todas las etapas de la Historia, son de nuestro siglo los trascendentales y sorprendentes descubrimientos que precisaron las relaciones entre temperamento, personalidad y constitución individual. Una pléyade de ilustres hombres de ciencia lograron, merced a pacientes investigaciones y agudas observaciones, crear un cuerpo de doctrina. Sabios de diversos países aunaron sus esfuerzos, destacáronse psiquiatras alemanes y, sobre el particular, descuella su más positivo valor: Krestchrner.

Estos postulados científicos van dando frutos por doquier y, aplicados a la Historia, pueden rasgar las densas brumas que envuelven el arcano de

los siglos. Contribuir con su luminosidad a perfilar con mayor nitidez los personajes que la forjaron.

La Historia no puede considerarse solamente como un trasunto de reyes dinastías, abarca mucho más. Pero es necesario reconocer que en el medioevo el personaje real es el señor omnipotente, el que ocupa la zona de máximo relieve y visibilidad. Es el astro a cuyo impulso y voluntad giran y se mueven todos los valores del reino.

Estudiar a quien constituyó el exponente de un pueblo, a quien modeló el ambiente, gozará siempre del máximo interés. Si buceamos sobre tipología de los personajes históricos, podremos encontrar rasgos morfológicos condicionadores de matices psicológicos. Su especial idiosincrasia puede permitirnos enjuiciar las razones que hicieron salir de su cauce la vida ordinaria de una nación, señalando nuevos derroteros y cambiando el rumbo de su Historia, con harta frecuencia ligados a una anomalía o carácter patológico del director indiscutido, tuviera o no la testa coronada.

II

En Navarra, la primera de sus dinastías, la llamada pirenaica, tiene un encanto y atractivo especiales. Muchos de sus representantes semejan el arquetipo del héroe. Sus principios rectores pueden blasonar de mayor antigüedad y parangonarse con la Carta Marga, que con tanto orgullo exhiben los ingleses.

Pero en nuestro acervo navarro hemos sufrido acerbamente al ver el desdoro con que han sido tratados los osarios de quienes forjaron nuestra Historia y que pudieran constituir las bases incontrovertibles de una nueva interpretación de sus biografías.

Hemos leído una serie de documentos sobre los hipogeos de Leyre y memorias acerca de la traslación de sus huesos (1). A los autores de Na-

(1) La historia del Monasterio de Leyre, con sus monjes negros y blancos, cluniacenses y cistercienses, es sobradamente conocida. Durante siglos y siglos fué el corazón, la medula de Navarra. Los huesos a que nos referimos son los de los reyes: Sancho Garcés, Ximeno Iñiguez, Iñigo Arista, García Iñiguez, Fortuño VIII, Sancho Abarca, García Sánchez, Sancho García, Ramiro XIII, Andrés Príncipe, Martín Phoebó Prín., Siete Reinas.

En total, abandonado el Monasterio, conocemos las voces, patéticas muchas veces, que por lo menos desde 1845 se alzaron solicitando apoyo para defender y conservar una de las más grandiosas y antiguas reliquias de nuestra Patria. Hallaron su primer eco el 17 de mayo de 1863, al recogerse por las autoridades de Yesa, siguiendo órdenes superiores, los restos de los reyes allí enterrados, que, depositados en un arca preparada de antemano, se trasladaron provisionalmente a la sacristía de la parroquia de su lugar. Allí permanecieron más de 52 años, hasta el 8 de julio de 1915, en que con el mayor esplendor se volvieron nuevamente a San Salvador de Leyre, siendo de destacar el vibrante discurso pronunciado por el elocuente tribuno don Juan Vázquez Mella, entonces Diputado a Cortes por Pamplona (véase Boletín de la Comisión de Monumentos y Antigüedades de Navarra, n.º 22, 2.º trimestre de 1915, págs. 131-136). En los días que corren es digno del mayor aplauso el esfuerzo realizado por la excelsa Institución Príncipe de Viana en sus ansias restauradoras, a punto de dar cima a su obra de reconstrucción y nueva vida al Monasterio legerense.

varra (2) y fuera de ella (3), no les faltaron motivos para colocarnos sus baldones.

Maestra sensibilidad quedó mayormente herida al cotejar los meritorios trabajos realizados sobre determinados reyes de Navarra que reposaban en Lescar, cerca de Pau (Francia), sobre identificación y estudio de sus huesos (4). Creímos un deber aportar nuestro grano de arena y emprendimos la construcción de la clínica arqueológica del último de los varones de la dinastía pirenaica.

De momento explayaremos, dentro del limitado espacio de una revista, una de sus características corporales, sin duda de las más importantes: su altura.

III

Para determinar la altura de Sancho el Fuerte, hemos de recurrir a las fuentes rigurosamente auténticas con constancia en la Historia. Unas proporcionan materiales de primer orden, de valor indiscutible; otras quedan relegadas a planos inferiores, no teniendo más interés que el de contraste. Constituyen las primeras sus restes orgánicas; las segundas, los datos acotados por la tradición.

SUS RESTOS ORGANICOS

Sancho el Fuerte muere un viernes 7 de abril del año 1234, en la ciudad de Tudela y en su castillo, donde vivió recluido voluntariamente decenas de años.

Disputáronse su cadáver la Catedral de Tudela, el Monasterio de la Oliva, la Colegiata u Hospital de Roncesvalles y, probablemente, la Catedral de Pamplona. Ruidosos pleitos se ocasionaron por este motivo: incluso, el Obispo don Ramírez de Piérola fulminó penas eclesiásticas para quien se opusiere a guardar sus restos y construyera su mausoleo. Hubo de intervenir la autoridad papal: Gregorio IX, por Bula de 13 de junio de 1238, ordena tengan definitivo reposo en Roncesvalles.

(2) Memoria sobre los reyes de Navarra cuyos restos se hallaron en el Monasterio de Leyre, escrito en 1863 por Rafael Gaztelu. Pamplona. Imprenta Provincial 1866. Por ejemplo, en la página 68. dice: «... por espacio de veintiséis años entregado al más completo descuido (se refiere al Monasterio de Leyre) en medio de un desierto y, lo que es peor, sin un guarda que lo custodiase, sin una puerta que lo protegiera, contra la irreverencia de los hombres, contra las profanaciones de las bestias...»

(3) Madrazo. España, sus monumentos y artes. Navarra - Logroño. Tomo I. Ed. Daniel Cortes. Barcelona 1866. Tomado a vuelapluma, dice en su página 548: «... la urna convertida en carnario del Monasterio, otros despojos de monjes y en promiscua y sacrilega nivelación, duro escarnio de la santa igualdad de la tumba, ver arrojados y despedazarse juntos, contra las yertas losas, los cráneos del humilde monje y del héroe que ciñó regia corona...».

(4) R. Anthony. Identification et étude des ossements des rois de Navarra. Ejemplar existente en el Archivo de la Diputación de Navarra.

Desde 1234 y no antes de 1238, se exhumaron sus restos, que permanecieron depositados en la Iglesia de San Nicolás, de Tudela. Durante más de cuatro años se intentaría evitar la descomposición cadavérica; detalle digno de cotejarse para interpretar ciertos olores que señala la tradición emanaron de su tumba, si es que no fue fruto de alucinación colectiva, como discutiremos en otra ocasión.

Teobaldo I de Navarra, los haría trasladar a magnífico mausoleo en Roncesvalles, exuberante de figuras, hoy perdidas, que pudieran aclararnos hechos de nuestro Sancho donde todo es tan confuso. Allí permanecieron hasta el lunes 28 de noviembre de 1622, en que pasan a nueva sepultura, sustituyendo a la que no respetaron ni la barbarie de los hombres ni la acción demoledora de los siglos. Un 12 de julio de 1912 sufren nuevo cambio, reposando hasta la actualidad en la capilla de San Agusián de la Real Colegiata, de Roncesvalles.

Todos los pormenores del traslado de los restos del que fué Sancho el Fuerte fueron fielmente recogidos y se conservan documentos originales. Es de lamentar que la prolijidad de las actas, sobre personas asistentes y confirmatorias, no se acompañe de mención de las características íntimas de los elementos traslatorios, máxime cuando, en la de 1912, figuraba una destacada personalidad médica, que entre sus títulos exhibía el de Académico y el de Catedrático de la primera de las universidades españolas.

El lapsus viene sustituido por la descripción que hizo un testigo presencial de la traslación de 1622, el Canónigo Huarte Subprior que fue de Roncesvalles. En su obra manuscrita, conservada en la Colegiata, en sus números 10 al 13, precisa una serie de detalles en extremo interesantes, especialmente el 15, que textualmente dice:

«Itten, sobre aquellas tablas, havia unas grandes y gruesas losas, las cuales y les tablas corumpidas se quitaron. Hallaron algunos guesos del rey, como fueron un pedazo del casco, unas costillas, casi consumidas, y de la misma suerte las espinillas; los que estaban menos consumidos fueron los dos huesos de las rodillas, hasta la cía, estaban fuertes; era cada uno tres xemes y dos dedos de largo y cada xeme era de largo del un cabo desta plana hasta el otro justamente, según esta línea».

Esta línea ha sido medida por diversos autores. Cardaillac (5) dice: «m'a été facile avec un métre mesurer 19 centimètres 7 millimetres».

El actual Canónigo Doctoral y Archivero de la Colegiata de Roncesvalles, don Casto López de Goicoechea, ha tenido la amabilidad de comunicarme:

«Medida la línea con sumo cuidado tiene 19 centímetros y seis milímetros; hay en la misma una especie de puntito al comienzo, mirándola de frente a mano izquierda. Si se le añade esta especie de puntito son 7 milímetros exactos. Si no se le añade el puntito, son 6 milímetros exactos. Según mi criterio no se le debe añadir esa especie de puntito».

Tomamos como base estos datos de López de Goicoechea, a quien nos

(5) La bataille de Roncevaux, par Xavier de Cardaillac. Extrait de la Revue des Pyrénées. Tome XII^e, Toulouse 1910, pág. 40.

complacemos en testimoniar públicamente nuestro agradecimiento. Despreciaremos otras referencias (6).

Pero antes de seguir adelante, creemos conveniente hacer unas digresiones, interpretando el contenido del apartado 15 que nos legó Huarte.

De los huesos que cita «padazo de casco» o cráneo, «costillas», «espini-llas» o tibias, poco puede colegirse. Únicamente es interesante «los dos huesos de las rodillas hasta la cía».. es decir, el llamado fémur, hueso largo que constituye el esqueleto del muslo y se extiende desde la rodilla hasta la cía o cadera, uno a cada lado.

Cada uno tenía tres xemes y dos traveses de dedo.

El xeme o jeme era una medida y, como todas las de su época, de tipo antropométrico. Equivalía a la distancia existente entre la extremidad del pulgar y del índice abiertos al máximum. Con relación a nuestro sistema métrico decimal, se le asigna un valor de 13'9 centímetros.

Era menor que el palmo, o sea la distancia comprendida entre el extremo del pulgar al del meñique, teniendo la mano abierta y extendida. Tanto el palmo como el jeme, eran empleados como medidas de longitud, siendo frecuente encontrarlos citados en documentos de la época. Así, por ejemplo, al consignar las dimensiones del instrumento que había de utilizarse en la prueba del hierro candente, se decía: Ancho como la palma de la mano, largo de un fulco (jeme o palmo), grueso como el dedo menor.

El valor del xeme o jeme, pudiera variar con arreglo a la mano, más o menos grande, de quien la empleara como medida. Sin duda Huarte, para evitar confusiones, nos da la medida exacta del mismo y traza una línea, de 19 centímetros y seis milímetros. No dudamos que este jeme sería el de las manos de Huarte.

Nos dice que cada fémur tiene tres jemes, luego tendríamos 196 multiplicado por 3, igual a 58'8 centímetros, más dos dedos de largo.

Se plantea inmediatamente la cuestión. ¿Cuál es la longitud de esos dos dedos? El canónigo Huarte no nos lo dice; es necesario recurrir a la vía inductiva.

Sabemos que la vara medía, con arreglo a nuestro sistema métrico decimal, 83'59 centímetros. Cada vara tenía cuatro palmos, luego 83'59 dividido entre 4, igual a 20'897 centímetros. Cada dedo era la duodécima parte del palmo, luego cada dedo equivale exactamente a 20'897 dividido por 12, igual a 1'7416 centímetros. Los dos dedos, 3'4832.

De todo lo cual se deduce que cada fémur de Sancho el Fuerte, según las referencias del canónigo Huarte, tenía la longitud de

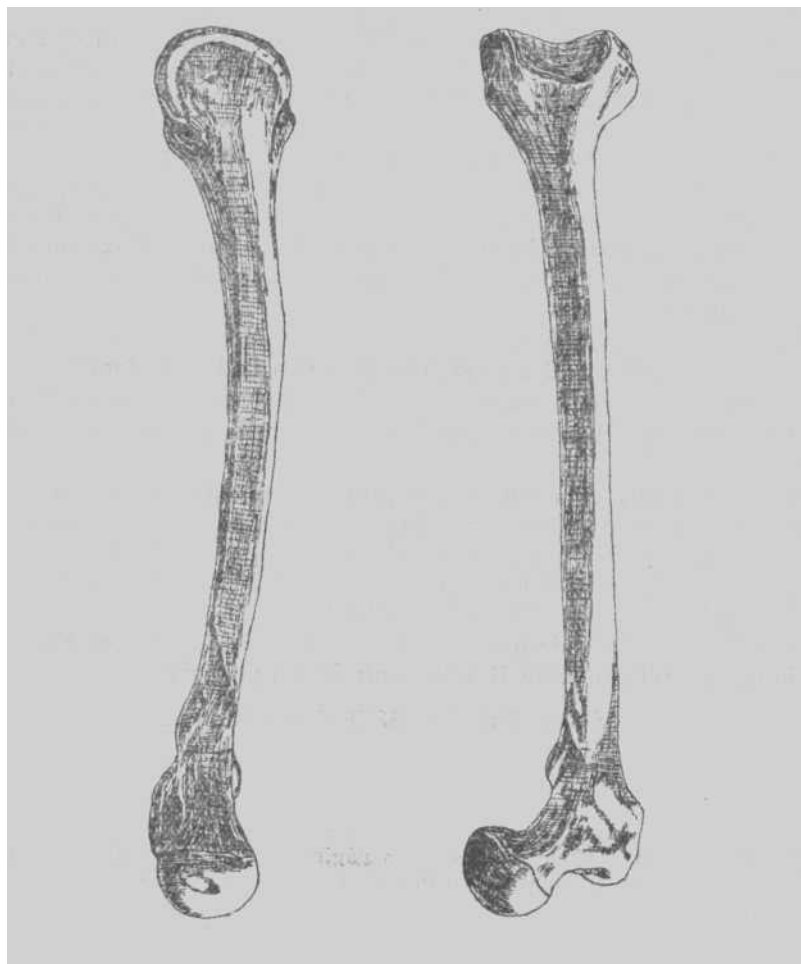
$$58'8 \text{ X } 3'4832 = 62'2832 \text{ centímetros.}$$

(6) Por ejemplo, la que se hace en la página 915 del tomo III de la obra de los canónigos Dubarat y Daranatz, titulada *Recherches sur la ville et sur l'église de Bayonne*. editada en 1930, donde se reproduce esta línea, que mide 15 centímetros.

IV

Es problema sencillísimo precisar la talla de un individuo, sabiendo la longitud de uno de sus huesos largos. Han establecido los autores una serie de tablas y coeficientes que simplifican la cuestión, sin apenas error. Pero los antropometras exigen gran rigor en la medición del hueso, siendo necesaria la utilización de aparatos especiales que estaban por descubrir en el año 1622.

El fémur no es precisamente una línea o figura recta. Presenta una curvatura de concavidad posterior y una torsión sobre su eje longitudinal. Sus caras tienen salientes, rugosidades y crestas. En la parte superior hay un segmento cilindroideo que forma un ángulo de unos 130 grados. La amplitud de este ángulo de unos 130 grados. La amplitud de este ángulo y la oblicuidad del hueso, varían extraordinariamente de unos individuos a otros; modelan una parte de la figura corporal y es un carácter distintivo de los sexos. Para mayor claridad lo dibujaremos, en dos posiciones diferentes:



La ciencia osteométrica, exige posiciones precisas para medir los huesos. Se acostumbra a utilizar la plancha de Broca. La siguiente figura representa la determinación de la longitud de un fémur por esta proceder:



A la vista de los datos de Huarte, me formulé la siguiente pregunta: ¿Qué diferencias pudieran existir en las dimensiones de un fémur, medido con la plancha osteométrica de Broca y por procedimientos empíricos (como se le ocurriría hacerlo a un profano de la Antropometría y posiblemente a Huarte)?

La solución nos pareció sencillísima. Tomamos fémurs de distintos tamaños. Determinamos su longitud con la plancha osteométrica de Broca. Luego elegimos a varias personas ajenas a la Medicina (amigos, parientes y hermanas de la caridad), les dimos los huesos indicándoles los midieran con metro flexible, como se les antojase, y nos dieran sus dimensiones.

Para no cansar al lector renunciamos a la descripción de los protocolos. Solo consignaremos que observamos procedían de distinta forma unos y otros. Todos partían de la parte más saliente de la extremidad inferior del fémur dirigiéndose a la más superior del trocánter mayor. Unos ascendían hasta nivelar con un plano perpendicular y tangencial al esferoide de la cabeza femoral y otros llegaban a su vértice, angulándose desde el trocánter mayor.

Mediante elementales operaciones aritméticas, obtuvimos promedios y establecimos parangones, con un fémur problema de las dimensiones dadas por Huarte. Nuestras conclusiones son:

PRIMERA:

Un fémur medido con cinta flexible, desde la extremidad inferior hasta el trocánter mayor y luego prolongando en línea recta imaginaria, hasta la parte más saliente de la cabeza femoral, que diera unas dimensiones de 32.283 centímetros, con la plancha osteométrica de Broca daría 63.024 centímetros.

SEGUNDA:

Un fémur medido con cinta flexible, desde la extremidad inferior hasta el trocánter mayor y luego prolongada, cambiando de dirección, angulando, hasta la parte más saliente de la cabeza femoral, que diera unas dimensiones de 62,283 centímetros con la plancha osteométrica de Broca, daría 60,851 centímetros.

Por todo ello para proceder con el máximo rigorismo científico, hemos de admitir las siguientes suposiciones, sobre las medidas dadas por Huarte:

- a) Que fuera como si realmente se utilizara el proceder de los antropometras, 62. 823 centímetros.
- b) Que trazara una perpendicular siguiendo el eje del hueso, la corrección daría el valor de 63,024 centímetros.
- c) Que trazara dos líneas angulando los extremos del hueso, la corrección daría el valor de 60,851 centímetros.

V

Fueron los médicos forenses, fundamentalmente, los que demostraron que existen en el cuerpo humano segmentos, cuya correlación con otras partes orgánicas es evidente. Así por ejemplo, la altura de la oreja corresponde al tercio de la longitud máxima del cráneo, la longitud del dedo medio izquierdo equivale a la cuarta parte de la del pie etc. etc. También entre la longitud de los huesos y la talla, o longitud total del cuerpo, existe estrecho paralelismo.

Orfila, Manouvrier, Rollet, Martín, entre otros, constituyeron cuadros, basados en mediciones óseas de sujetos cuya talla se conocía previamente con exactitud. Si sabemos las dimensiones de un hueso, nos basta consultar estas tablas para en el acto deducir altura de quien pertenecía. Mas no nos sirven en el caso del fémur de Sancho el Fuerte, los valores más altos se registran para varones de talla de 1'83 metros cuyos fémurs medían 51'9 centímetros.

Para los casos de huesos de dimensiones excepcionales se calcularon coeficientes, que multiplicados por su longitud, nos darían la talla aproximada del sujeto problema. Para el caso particular del fémur y de varón, podemos manejar los de Rollet (3,68) y Martín (3'66), sin duda más exactos los del primero.

Aplicados estos valores al fémur de Sancho el Fuerte, e incluso alambiando sobre las correcciones anteriormente indicadas, obtenemos los siguientes resultados:

- a) Fémur de 62,283 centímetros:
 Según Rollet $62,283 \times 3,68 = 2,292$ metros.
 Según Martín $62,283 \times 3,68 = 2,279$ metros.
- b) Fémur de 63,024 centímetros.
 Según Rollet $63,024 \times 3,68 = 2,319$ metros.
 Según Martín $63,024 \times 3,66 = 2,316$ metros.
- c) Fémur de 60,851 centímetros.
 Según Rollet $60,851 \times 3,68 = 2,239$ metros.
 Según Martín $60,851 \times 3,66 = 2,227$ metros.

De todo lo cual cabe sentar como afirmación: CON ARREGLO AL CRITERIO CIENTIFICO ACTUAL, LA TALLA DE SANCHO EL FUERTE, A JUZGAR POR SUS RESTOS ORGÁNICOS, ESTARÍA COMPRENDIDA COMO VALORES MÁXIMOS, ENTRE 2,227 metros y 2,319 metros.

Conocemos al detalle las posibles causas de error sobre identificación de la talla, mediante cálculos antropométricos. No se nos pasan desapercibidas las objeciones señaladas por los autores y es de observación vulgar, que ciertos individuos tienen sus extremidades más o menos largas con relación a su estatura.

La posibilidad de equivocarse sería menor, si Huarte nos hubiera indicado las dimensiones de los huesos «consumidos» que cita. Aún pudiéramos aquilatar más, pues existen correlaciones entre segmentos óseos de un mismo hueso. Se comprende que calculando la talla mediante mediciones de varios huesos, los resultados, concordantes o no, hubieran sido en extremo elocuentes.

Mas hemos de circunscribirnos a los tatos legados y aún presumimos que los fémurs no estarían enteros. El mismo Huarte nos dice eran: «los que estaban menos consumidos». No sería aventurado suponer que faltara en ellos parte o la totalidad de la epífisis superior, es sobrado conocido el hecho de la rarefacción del tejido óseo de los viejos en esa región, y San-

cho el Fuerte era un anciano cuando murió (7). En cualquier caso las medidas reales de su fémur serían aún mayores.

A quien nos objeiera, no ser correcto el dar unas diferencias de más de un decimeiro en la talla de un sujeto, le saldremos al paso diciéndole, que todo es relativo al sobrepasar, francamente, la talla de dos metros. No obstante hemos querido hacer un cálculo por más y por menos, siempre naturalmente teniendo en cuenta la máxima que debe regir en este y otros problemas médicos: Saber dudar.

VI

Nos figuramos las dudas y escepticismo que han de surgir en el ánimo del lector, cuando decimos que Sancho el tuerte tuvo una estatura entre 2,227 y 2,319 metros. Nadie más incrédulo que yo cuando al escudriñar en el Real Colegiata de Roncesvalles, se me dijo que la altura del último representante de la más auténtica monarquía vasco-navarra, era la estatua de piedra de la Capilla de San Agustín.

Me indicaron que media, aproximadamente, 2,40 metros y que la tradición recogía el dato de ser esta, su estatura. Posteriormente he oído este aserto, en distintas ocasiones, de labios de personas versadas en Historia, escrupulosas en sus decires, con la mayor convicción y buena fe. Al insistir preguntando, se limitaron a contestarme con un: Se dice.

Acostumbrado a comprobar la versatilidad de las tradiciones, que al fin y al cabo no son más que «las hablillas y cantares del pueblo», relatadas por cada uno a su manera, deformándolas con facilidad, tuve sin duda un gesto irónico o de menosprecio, para quien me mostraba a un rey gigante.

Sin embargo quedé sorprendido, años después, al leer a Huarte y encontrar la siguiente referencia, correspondiente al número 11 de su manuscrito:

- «11. Itten, que la sepultura antigua, en que estaban enterrados estos serenísimos reyes desde el año 1234, estaba en el cuerpo de la yglesia fuera del Juanado de la capilla mayor y la sepultura estaba relevada en altura cerca de una bara, sobre la cual había dos bultos de los mismos reyes; el del rey era grandísimo de piedra de marmol, muy bien esculpido con su corona real, espada y es-

(7) Los autores están totalmente acordes al señalar los años, meses y días del reinado de Sancho el Fuerte. Sobre su edad al morir, las diferencias pueden cotejarse en más de diez años. Sin duda llegó a septagenario. Nadie ha precisado, que yo sepa, el día de su nacimiento. Los errores parten de la fecha del matrimonio de sus padres, que no se consumó hasta finales del año 1157.

Por otra parte, aunque ningún autor lo ha dicho, yo tengo mis sospechas de que Sancho el Fuerte, no fué el primogénito. Pudo tener un hermano mayor que murió prematuramente. Abonarían varios ejemplos esta hipótesis; por ejemplo, una de ellos, su nombre. No hay ningún rey de Navarra que se llame Sancho Sánchez, excepto nuestro Sancho el Fuerte era normativo poner al primogénito el nombre del abuelo paterno. Esta tradición de 400 años, se rompe en Sancho el Fuerte, si fué el primer hijo del enlace Sancho de Navarra-Sancha de Castilla.

puelas, y tan alto y fornido como lo fue el mismo rey; porque dicen que el mismo lo hizo esculpir en vida a su dispusición y talle. En efecto el bulto era muy vistoso y real. El de la reyna-tambien era largo porque dicen fue muy dispuesta con su corona y ropa real o brial, pero, como era de madera y de 400 años, estaba muy gastado y carcomido.»

Me permito recalcar la frase «porque dicen que el mismo lo hizo esculpir en vida a su dispusición y talle». Era una prueba escrita de la tradición oral, existente ya en el año 1622, transmitida de generación en generación más de 400 años, que tenía cerno base a los que conocieron en vida a Sancho el Fuerte.

Esta tradición surgió nuevamente al consciente colectivo, propagada por quienes una mañana del 17 de Junio de 1820, al toque de campanas, pregonaban el hallazgo y desenterramiento de la estatua de Sancho el Fuerte. Desde entonces ha vuelto a conservarse hasta nosotros, después de un paréntesis de 268 años en que permaneció olvidada.

Los cálculos anteriormente expuestos, los realicé hace muchos años y fuí el primer sorprendido. De entonces aquí no ha dejado de interesarme la cuestión. Noblemente he de confesar, que cuanto más ahondo, más voy llegando al convencimiento de la altura descomunal de Sancho el Fuerte y de la verosimilitud del tamaño de su figura, esculpida sobre piedra y no mármol,

VII

Quisiera finalizar el presente trabajo recordando un hecho histórico, que puede servir de ejemplo y contraste. Nos lo proporcionará el rey aragonés, Jaime I el Conquistador.

Aún cuando los historiadores no acostumbran a detenerse reseñando al hombre, pudiéramos acotar decenas de pasajes, entre muy diversos investigadores, donde se hace referencia a la talla gigantesca del aragonés Jaime I.

La principal cita acostumbra a hacerse, reproduciendo párrafos de cronicones coetáneos del Conquistador. Por ejemplo la que hacen Piferrer y Pi Margall (8), exacta a la de Sánchez Canton (9), del Arco (10), y tantos otros: «Devets saver que aquest Rey en Iacme era lo pus bell hom del mon, e era maior que altres homs un gran palm, e era ben format...». Cuya traducción dada por los mismos autores dice: «Sabed que el Rey Don Jaime era el hombre más hermoso del mundo, más alto de un buen palmo que los demás, gallardo y perfecto...».

Hemos observado pequeñas diferencias, sobre el punto nodal que a nosotros nos interesa de «era maior que altres homs un gran palm», en Bernar-

(8) Piferrer, y Pi y Margall. España, sus monumentos y artes. Cataluña. Tomo I. Ed. Cortezo. Barcelona 1884. Página 383.

(9) Sánchez Cantón. Los retratos de los Reyes de España. Ed. Omega. Barcelona 1948. Página 50.

(10) Ricardo del Arco. Sepulcros de la Casa Real de Aragón. Consejo Superior de investigaciones científicas. Madrid 1945. Página 193.

do Desclot (11) que dice: «Aquest En Jacme Daragó, fo lo pus bel hom del mon, que ell era major que altre un palm, e era molt ben format...». Es decir, unas veces se dice «un gran palmo» y otras solamente «un palmo».

Sea como fuere, hay noticias históricas de que Jaime I de Aragón sobrepasaba a los demás varones de su época un palmo. Hay que pensar que el punto de referencia se tomara sobre los más altos, o los de estatura regular.

Se ha dicho de la Historia, que es «nuncia vetusiatis» —mensajera de los tiempos pasados— y también «lux veritatis» —luz de la verdad. De este último vocablo con frecuencia dudo. Los acontecimientos suelen relatarse bajo un prisma personal, que difiere extraordinariamente según las filias o fobias del historiador, según el matiz político, amigo o enemigo, de quien la transmite.

No puede dudarse de la tendencia, excesivamente laudatoria, de las frases anteriores: Jaime I, gallardo, perfecto, el hombre más hermoso del mundo... Pero las bárbaras profanaciones de siglos anteriores, las de 1835 en el Monasterio de Poblet, permitieron estudiar la momia del Conquistador, que tenía la estatura de unos dos metros, coincidiendo con otros relatos macabros, ocurridos en el tiempo que ensangrentaban nuestra Patria luchas intestinas (12).

No nos interesa repetir lo que otros demostraron. Sólo afirmaremos que la altura de una momia, siempre será inferior a la estatura que tuviera el sujeto en vida.

Muchas más citas pudieran cotejarse sobre la descomunal altura de Jaime I el Conquistador. Por ejemplo, la que señalan Flotats y Bofarull (13), cuando dicen «...en el repartimiento de Mallorca se midieren muchas veces las tierras por "brazas del señor rey", como dice el acta, veinte de las cuales equivalían a veinte y dos de cualquier otro hombre de regular estatura» (14).

Si Jaime I, rey de Aragón 1213 a 1276, era un gigante que llegaba o sobrepasaba los dos metros, veamos lo que el propio monarca escribió sobre su entrevista con Sancho el Fuerte.

(11) Historia del Rey de Aragón don Jaime I, el Conquistador, escrito en lemosín por el mismo monarca, traducida y anotada por Mariano Flotats y Antonio Bofarull. Ed. Gaspar y Roig. Madrid 1848. Página 160.

(12) Víctor Balaguer. Las ruinas de Poblet. Imprenta M. Tello. Madrid 1888. Donde relata la ocurrencia de unos miqueletes de jugar a bochas utilizando cráneos. Dice en su página 53: «En el primer panteón de la derecha hallaron un esqueleto gigante. Era realmente el de un gigante, el de don Jaime de Aragón...».

(13) Obra citada, pág. 160.

(14) Braza, según el diccionario de la Academia de la Lengua Española es «la distancia, media entre los dos dedos pulgares, extendidos horizontalmente los brazos». Hoy no se usa y empleamos su sinónimo de envergadura o brazada, sin duda incorrecto.

La brazada es una longitud constante, que no se modifica en el adulto, y fué empleada como medio identificativo médico-legal, en el bertillonaje. Equivale a la longitud máxima de los miembros torácicos extendidos en cruz, de un dedo medio a otro, que aproximadamente viene a ser la talla.

Es muy aventurado reducir la braza a nuestro sistema métrico decimal. Su valor absoluto era diferente de unas naciones a otras, variando desde 1'624 metros de la

Hacia finales de Febrero del año 1231 —calendas de Marzo de la era 1269— celebraron una entrevista en el Castillo de Tudela, los reyes de Navarra y Aragón. La relataría años después Jaime I, en el Capítulo CXII de su Crónica (15) uno de cuyos párrafos dice:

«El primer día que subimos a verle, a hora de vísperas, nos acogió *tan cortésmente como pudo; pues bajó* a recibirnos hasta donde no había bajado ríe diez años atras; nos abrazamos mutuamente, y vimos que era de ían aventajada estatura como Nos».

La cita es en extremo elocuente «era de tan aventajada estatura como Nos». De donde se deduce que el propio D. Jaime reconoce su estatura «aventajada», es decir, superior a la comun. Por otra parte acababa de cumplir 23 años, edad en que el desarrollo físico con respecto a la altura ha terminado.

Un viejo achacoso que frisaba o pasaba de los 70 años, se abraza con un joven en la plenitud de la vida. No puede olvidarse que la talla, por diversas razones que pudiéramos aducir, decrece en las fases seniles y, a pesar de todo, EL REY NAVARRO SANCHO EL FUERTE, ERA TAN ALTO COMO EL GIGANTE MONARCA DON JAIME I DE ARAGON.

VIII

Como resumen de todo lo expuesto, cabe sentar como afirmaciones, según nuestra opinión, el interés de estudiar las características orgánicas de los personajes que contribuyeron poderosamente a forjar la Historia.

Sabiendo su constitución corporal, pueden deducirse los rasgos de su modo de ser psíquico, e incluso de su predisposición patológica, capaces en ocasiones de cambiar el rumbo de la Historia.

Del estudio de los rasgos orgánicos y contraste con ejemplos históricos, se llega a la conclusión de que Sancho Sánchez de Navarra, el último representante varón de la dinastía pirenaica, era un gigante que sobrepasaba los dos metros de estatura.

braza francesa a 2'134 metros de la braza rusa. La llamada braza española, era igual a dos varas o seis pies de Burgos y, según nuestro sistema, equivale a 1'6718 metros. Sin embargo téngase en cuenta que, en el siglo XIII, tan extranjeros eran los castellanos para los aragoneses como lo son hoy para nosotros los franceses o cualquier otra nación europea.

Aun admitiendo los valores de 1'6718, tendríamos que 20 brazas de Jaime I, serían igual a 22 de otro hombre de regular estatura; es decir, 33'436 metros equivaldrían a 36'7796. En 20 unidades habría una diferencia a favor del Conquistador de 3'3436 metros.

Tomando la braza de 1,6718 por modelo, la de Jaime I el Conquistador sería, mediante sencillo cálculo, 1'8389. Repárese que braza, correctamente, es de pulgar a pulgar; si observamos en cualquiera de nosotros la distancia que existe del pulgar a la extremidad del dedo medio o corazón, y añadimos esta cifra, teniendo en cuenta que la corrección es doble, una a cada lado, la altura sobrepasará francamente los dos metros, que, al fin y al cabo, será la altura de Jaime I de Aragón.

(15) Conocemos también la impugnación de esta Crónica. Véase: Joseph Villarroya. Colección de cartas histórico-críticas en que se convence que el rey Jaime I de Aragón no fué autor de la crónica que corre a su nombre Valencia. Monfort. 1800.

Nos inclinamos a admitir que la estatua conservada en Roncesvalles-corresponde a su estatura. No en valde persistieron tradiciones y fué cognominado el Fuerte.

Queda por lo tanto señalada una faceta de sus rasgos corporales: Su estatura. Pero sería baldía su determinación, si no profundizáramos algo más.

Con arreglo al criterio científico actual de la Medicina, cuando un individuo llega a los dos metros ha de considerársele, por regla general, como endocrinamente anormal. Mas por un solo detalle sería aventurado y muy atrevido sentar conclusiones, por ejemplo, de que Sancho el Fuerte fuera un enfermo hipofisario.

Se impone interrogar a la Historia para perfilar otras muchas facetas, hasta hoy inexploradas de Sancho. Nos conducirían directamente a otro de los apelativos con que lo conoce la Historia: El Encerrado.

Y, según nuestro cunto de vista, quien quiera calibrar las vicisitudes históricas del Reino de Navarra, sus límites y su escaso papel en la política general de España a partir del siglo XIII, no ha de perder de vista los 25 últimos años de la vida del llamado Sancho el Fuerte o el Encerrado.

LUIS DEL CAMPO

Médico Forense, Académico C. de la Real
de Medicina de Zaragoza